

LA LLAMADA AL CARMELO

Predicado por el Pastor Herman Hofman

7 de julio de 2002

Texto: 1 Reyes 18: 20-21

Salterios

69: 1-3

374: 1-2

123: 1-3

447: 4-6

83: 2-3

INTRODUCCIÓN

Amigos, esta mañana quisiera seguir con los mensajes acerca del profeta Elías. En dos mensajes anteriores hemos considerado un poco más profundamente la vida de ese profeta. Hemos considerado profundamente la condición espiritual del pueblo Israel en aquel tiempo. También hemos hablado de la aparición dramática de Elías, y cómo aparece él en la escena. Hemos considerado su anuncio solemne, como lo leemos en versículo 1 de 1 Reyes. 17. “Que no habrá lluvia ni rocío en los siguientes años, sino por mi palabra, dijo Elías”. También hemos considerado su hogar escondido donde quedó Elías cuando el Señor le envió al arroyo de Querit, que estaba al borde del Jordán.

Me doy cuenta, amigos, que hay más en el capítulo 17, porque sabemos que después de un tiempo Elías también fue afectado por el juicio de Jehová, cuando se secó el arroyo y cuando Elías fue enviado a una viuda de Sarepta para que ella lo sostuviera.

Sin embargo, para no detenernos demasiado, pensé seguir con el capítulo 18 esta mañana. ¿Por qué? Bueno, en el capítulo 17 leemos mucho acerca de Elías y su preparación, y ya hemos considerado esto en dos mensajes anteriores. Las pruebas no eran solamente la falta de lluvia o el juicio de Jehová sobre Israel. Sólo en esto se enfoca el capítulo 17, pero en el capítulo 18 se habla de cómo Jehová preparó a Elías para una obra más grande. Ya hemos considerado a Elías en cuanto a su persona, su oración y la prueba de su fe, y hemos escuchado el propósito de todo esto. Pero, ¿qué sabemos del pueblo, qué se habla de Israel?

Vamos a pensar ahora en un tiempo más o menos tres años y medio después de lo que se ha considerado en los últimos dos mensajes. ¿Cómo está el pueblo? ¿Qué ha hecho el rey Acab durante la sequía, y qué ha hecho él para que el pueblo se arrepintiera. ¿Hemos escuchado algo acerca de un cambio? ¿Israel ha destruido sus ídolos? ¿Ya escuchamos lamentaciones con sus confesiones y el reconocimiento de su culpa? ¿Cómo está el pueblo de Israel bajo el fuerte juicio de Jehová? ¿Dónde encontramos un pueblo culpable?, ¿Hay algún resultado después de tres años y medio de estar bajo los juicios de Dios?

No, al contrario. Escuchen desde el capítulo 18 lo que le dice Acab a Elías cuando después de tres años y medio se encuentran los dos: “¿Eres tú el que turbas a Israel?” Esta es la prueba de un corazón endurecido de un rey que no se da por vencido, ni cuando se enfrenta con un juicio tan fuerte y terrible, ni enfrentándose con las terribles consecuencias de sus propios pecados.

El rey Acab se inclina ante él que envía el castigo. ¿Cómo debemos entender esto? La primera parte de 1 Reyes capítulo 18 nos muestra que apenas una sola cosa realmente le preocupaba a Acab. ¿Qué era? Le preocupaban la muerte de las vacas y de los caballos; es decir, le preocupaba el grave estado de la economía. No había lluvia, las fuentes se habían secadas, y la yerba se había marchitado y secado por completo. Durante el encuentro de Acab con Elías no leemos ni una sola palabra acerca de Dios, ni tampoco leemos apenas una palabra sobre los terribles daños que había causado el desagrado de Jehová. Todo lo que le preocupaba a Acab era esto: que experimentara un alivio de la aflicción, y nada más. ¿Sabe lo que nos muestra esto? Nos muestra que a menos que el Señor tenga a bien santificar sus castigos, no nos aprovechan ni nos aprovecharán, no importa cuán severos sean sus juicios o por cuánto tiempo se prolonguen. En ninguna parte de la Biblia como en este pasaje se manifiesta tan descaradamente la terrible depravación de la naturaleza humana, y en este caso, la negación de arrepentirse y someterse humildemente bajo el juicio justo de Jehová, tal como había hecho David cuando dijo: “Reconozco mis rebeliones... contra ti solo he pecado,... para que seas reconocido justo en tu palabra” (Salmos 51:3, 4).

Amigos, a veces me pregunto qué será necesario para convertir a un pecador en Loma Alta. Pues nosotros también tenemos nuestros ídolos. No estoy pensando en las propias imágenes, porque es tan obvio que estas van en contra de los Diez Mandamientos de Jehová. Sin embargo ¿qué de nuestros malos caminos? ¿Qué de nuestra conducta? ¿Qué de nuestra actitud? Nosotros también tenemos ídolos, sean los vicios, los deportes, u otros placeres de este mundo. Y ¿qué fruto vemos después de tantos años de invitaciones, advertencias y correcciones que les han sido propuestas a través de la predicación? ¿Qué vemos nosotros del arrepentimiento aquí en este pueblo? En vez del arrepentimiento, muchas veces vemos el aumento de la impiedad, aunque sea con lo poco que poseemos, y con el poco dinero que tenemos ante nuestra situación económica tan grave. ¿Qué hacemos con lo poco que el Señor nos da? Muchos malgastan su pequeña porción; muchos malgastan tanto su tiempo como su dinero. ¿Qué es lo que se ve y lo que se escucha por las casas? Se escuchan radios y televisores, en vez de ahorrar nuestro tiempo y nuestro dinero para las cosas esenciales. Esto es una verdad, pues es algo que se puede ver. ¿No es cierto que vivimos como dice en la Biblia: “Comeremos y beberemos, porque mañana moriremos”?

Esto es el espíritu de nuestro tiempo. En vez de invertir lo poco que tenemos en una casa, en comida o en artículos de primera necesidad, compramos las cosas grandes y no necesarias. Aquí hay algo para pensar bien: es inútil pedir la bendición de Dios mientras nosotros no queremos dejar lo que produce la maldición. ¿Me entienden? Es inútil clamar a Jehová si al mismo tiempo seguimos con las cosas que producen la maldición de Jehová, y que ponen en nuestras mentes las ideas de este mundo. Satanás tiene muchas formas de engañarnos, amigos. ¿Saben lo que es necesario? Debemos meditar bien en nuestros caminos y arrepentirnos ante el Señor.

DESARROLLO

Se encuentra nuestro texto en 1 Reyes 18: 20-21, donde leemos lo siguiente: “Entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo. Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no

respondió palabra”. Hasta aquí las palabras de nuestro texto en esta mañana. Vamos a considerar dos pensamientos principales:

1. *Un pueblo culpable.*
2. *Un pueblo mudo.*

Amigos, leemos que Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo. Vamos a tratar de imaginarnos la escena que se presenta. Una multitud grande se acerca al lugar donde todo va a llevarse a cabo. Son las primeras horas de la mañana. Toda clase de trabajo ha cesado, y la escena está preparada. Una inmensa audiencia está reunida, y hay dos partidos: por un lado se encuentra Baal con sus cientos de profetas, y por otro lado está Jehová con Elías, su siervo solitario. Por un lado hay un solo siervo fiel, y por el otro lado hay 450 agentes de Satanás. Por un lado se encuentra la causa de Jehová, contrapuesto con las mismas puertas del Hades. Podemos decir que por un lado está la causa del Evangelio, y por el otro lado está el poder del reino de oscuridad. Así hay dos partidos opuestos, y ¿dónde está el pueblo de Israel? Sabemos que el pueblo se reunió, pero, ¿por qué lado se encuentra? Vamos a ver.

¿Dónde está usted? Creo que ésta es la pregunta más importante de esta mañana. ¿Dónde están ustedes, niños, padres, y jóvenes? ¿A qué lado se encuentra usted? Vemos en nuestro capítulo que el pueblo no respondió palabra ninguna, pues no quería estar en ningún lado. ¿Por dónde está usted? En cuanto a este asunto, el cual es la causa del Evangelio y el temor de Jehová por un lado, y el poder de Satanás y de este mundo por otro lado, ¿en cuál lado está usted? Usted sabe la respuesta; sabe dónde está usted.

Sin embargo, leemos en el versículo 18 que esta vez nadie va a escapar, pues es una decisión determinante. Será una cosa u otra, y en un sentido u otro la preferencia del pueblo se va a demostrar. Esto será uno de los momentos más cruciales en la historia de Israel y en la vida de Elías. Y como embajador del cielo, lleno del Espíritu Santo y seguro de sí mismo, Elías enfrenta la oposición. “Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: Hasta cuando claudicaréis vosotros entre dos pensamientos. Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”. Elías domina por completo la situación y la escena.

¿Qué significa la palabra “claudicar”? “Claudicar” significa “tambalearse, no caminar rectamente”. Señala a una inestabilidad, como la de un borracho que trata de balancearse. “No caminar rectamente”, esto es justamente el propio significado de la palabra. Quiere decir “no estar decidido, no estar seguro”, pero siempre en un sentido no bueno.

En el capítulo 18 leemos algo extraordinario: “Y acercándose Elías a todo el pueblo”. Aquí hay dos partidos opuestos, Elías y los profetas, como ya hemos visto. Es bien obvio que el profeta Elías no dirige ni una palabra a los profetas, sino que habla al pueblo. Aunque no sabemos exactamente donde se encuentra el pueblo, Elías les habla directamente. Elías no intenta conversar con ellos, pues ya estaban determinados y establecidos en su religión mala. Ya estaban condenados a la destrucción. No obstante, Elías se dirige aún al pueblo, no porque el pueblo sea mejor, pues es sólo por la gracia y por la bondad de Dios.

Así como Elías se dirige al pueblo, yo también quiero hacer lo mismo esta mañana, como embajador del Señor Jesucristo. Quiero hacer exactamente lo que hizo Elías porque creo que este capítulo de 1 Reyes tiene algo para decirnos también. Después de lo que hemos escuchado por tantos años, sean las advertencias, las enseñanzas, o las invitaciones; ¿dónde está usted? ¿Alguna vez ha pensado usted en esto? ¿O toma usted los mensajes como una cosa normal? Muchas veces la gente compara mensajes como si fueran artículos que se venden en las ventas, donde uno tiene que escoger si los compra o no. Pero amigos, los mensajes de la iglesia no son artículos que se pueden comprar o no en las ventas. A veces con los artículos uno puede escoger lo bueno o lo malo: compro lo bueno, y dejo lo malo.

En cambio, el Evangelio no es un artículo, sino que es el clamor de Dios al pueblo: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos”? ¿Hasta cuándo van a cambiar inestablemente? ¿Hasta cuándo no van a caminar rectamente? Esto es el mensaje esta mañana. No sabemos todavía dónde está este pueblo. Yo no sé tampoco, pero vamos a ayudarnos a nosotros mismos al pensar sobre ello. Es muy obvio que algunos, aún entre nosotros, andan por los caminos de este mundo. Desechan completamente todos los acercamientos de Dios, y viven en una enemistad abierta con Él. No se arrepienten, no se convierten, y tampoco buscan a Dios. Los juicios de Jehová no les afectan, los llamados del Evangelio no les interesan, y las bondades de Dios no les hacen humillarse delante de Él.

Con un orgullo pecaminoso, ellos rechazan todo lo que les sirve para su bienestar espiritual. Puede ser que vienen al culto de vez en cuando para callar su conciencia. Saben su deber, pero niegan todo y siguen en su propio camino.

Tal vez hay algunos presentes esta mañana que viven así. Cada fin de semana están borrachos; ellos están en cada fiesta que hay en el pueblo, y se disponen de cualquier oportunidad para hacer algo malo. Una vez más el profeta Elías, o mejor dicho, el Señor Mismo se dirige a usted esta mañana y le dice personalmente: ¿hasta cuándo? Muchos dicen que asisten los cultos y que han cambiado, pero en secreto y en la oscuridad tratan de evitar todo reconocimiento por parte de otra gente. Viven otra vida; y esto no solamente tiene que ver con la asistencia a la iglesia, amigos. ¡Cuántas veces nos encontramos con gente que quiere una buena reputación con el pastor, con el equipo o con la Misión! Cuando uno les habla, ellos dicen: “Pastor, la próxima semana voy a ir al culto”. Pero yo les digo que no les creo, porque lo han dicho diez veces y aún no han venido. Ellos dicen: “Esta vez sí voy a ir”, y el próximo domingo no aparece. Con la clase de doctrina sucede lo mismo. ¿Por qué dicen esto? Lo dicen sólo porque piensan que le gusta al pastor, pero no cumplen su palabra. ¿Saben por qué es así? Es porque el asunto no está en su corazón. Si estuviera, no dejarían su lugar vacío en la casa de Dios.

Hay otros que se engañan a sí mismos en cuanto a la parte más esencial del corazón. Ellos observan abiertamente algunos de los mandamientos de Dios, y tienen en buen estimo a sí mismos, pero siempre evitan preguntas personales. No quieren conocer la oración del salmista: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno” (Salmos 139:23-24). Estas palabras forman una oración. Si ora usted, ésta no debe ser una oración extraña. Usted dirá con el salmista: “Señor, Tú me conoces; Tú sabes lo que vive en mi corazón, y si hay un camino o un pensamiento que no es para Tu honor y Tu gloria. Muéstrame, porque no puedo esconderme de Ti, Señor. Delante de Ti todo está abierto”. Ésta es una oración verdadera, pero los hipócritas no oran así. Delante de los demás, ellos tienen una buena apariencia. Yo temo que mucha gente pertenezca a este grupo, y tengo razón para temer. Otro tipo de hipocresía es la que tiene la apariencia de piedad y aun

profesa conocer a Dios, pero los frutos y los hechos no lo demuestran. Por lo externo, su conducta de esta clase de gente es buena, pero por lo interno, vive lejos del Señor.

¿Escucha usted su nombre mencionado esta mañana? ¿Saben lo que es una mala señal? Es algo que realmente me hace preocupar. A veces cuando salgo a visitar a una casa, de pronto hay mucho movimiento en la casa. Se apagan la televisión y la radio de inmediato para luego decir: “Bienvenido, Pastor”. Esto es una mala señal, pues es hipocresía. Eso es tratar de balancearse entre dos caminos, como borrachos. Eso es estar ni frío ni caliente. Ojalá fuese frío o caliente, para así mostrar su verdadera naturaleza en vez de cubrir todas nuestras maldades y tener una apariencia de piedad y al mismo tiempo negar el poder de Dios. Tomen, entonces, una decisión y vayan en pos de él.

¡Qué fuerte es el mensaje de esta mañana! ¿no? ¡Fuerte es el mensaje de Elías! Elías ya no habla más acerca de la sequía; no explica por qué está seco el pasto, y por qué no hay agua en el arroyo. En cambio, Elías pregunta al pueblo acerca de qué lado se encuentra. Es así que nos viene la pregunta: ¿dónde está usted esta mañana? No es necesario que me responda a mí, pero es el Señor Quien todo lo ve, incluso lo que pasa en secreto y en la oscuridad. Para Él no hay secreto. En el Salterio 123 dice: “Si olvidáramos el Nombre de Dios, o alzáramos a ídolos nuestra manos, ¿no demandaría Jehová esto?”

Luego leemos: “Y el pueblo no respondió palabra”. Quizás se piensa que es fácil no decir nada, y que esa es la solución. Tal vez fue posible decir algo ahí en el monte Carmelo. ¿Saben que, amigos? Cada palabra de cada mensaje que se dirige a nosotros requiere una respuesta, y esto es precisamente lo que nos pone inquietos. Tenemos que darle cuenta a un Señor que todo lo sabe. ¡Hasta cuándo!

Antes de terminar el mensaje, vamos a cantar del **Salterio 447, las estrofas 4, 5 y 6.**

“Y el pueblo no respondió palabra”. Es bueno que una vez ellos no hayan respondido, porque no había qué responder. Por otro lado, es malo que no hayan respondido palabra, pues demuestra que no fueron suficientemente sinceros para reconocer su propia culpa, y en cambio buscaban refugio en el silencio. Mucha gente piensa que el silencio es el refugio

adecuado, y dice: “Mejor es quedarme en silencio, lo cual es más preferible que las excusas frívolas y sin razón”.

Encontramos aquí a un pueblo culpable y mudo, sin reconocimiento de su culpa. Amigos, bendita es la predicación que logra el silencio, y bendita es la obra del Espíritu Santo cuando el resultado es que por fin uno se queda mudo. Sin embargo, este silencio bendito tiene otro sentido, y no se refiere al silencio de Israel, un pueblo culpable que al mismo tiempo no reconoce su culpa. Leemos en la Biblia que “el hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Santiago 1:8), y también que “ninguno puede servir a dos señores” (Mateo 6:24).

También esta mañana escuchamos el mensaje: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente”! (Apoc. 3:15) Amigos, ¿acaso es diferente con usted? ¿Dónde está usted esta mañana? Otra vez se plantea la pregunta, niños, jóvenes, adultos, y ancianos: ¿Dónde estamos? Todos estamos delante del Señor esta mañana. Estamos delante de Él que vino a nosotros con la hermosura de Su Palabra, y Quien quiere una respuesta. ¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos pensamientos?

Yo sé que la decisión es por parte del Señor, y no es suya. Ustedes saben la doctrina muy bien, pero no usen esa como una excusa, ni para quedar en silencio. ¿Saben lo que el Espíritu revela cuando obra en el corazón? Es justamente una decisión, una decisión en cuanto a la vida que vivo yo. Esto será la lucha hasta la muerte. El reconocimiento de la culpa es también una decisión y una elección. Aquí está la pregunta: ¿hay algunos esta mañana que tienen que darse por vencido? Si es así, usted no va a decir muchas palabras. Va a salir esta mañana con la mano en la boca, porque ha pecado contra Jehová, y ahora soportará Su ira. Esto provoca otro silencio: el de un pueblo culpable y mudo. Sin palabras esta mañana, usted va a decir al Señor: “Yo pequé, oh ten misericordia de mí, hasta que busque mi causa y haga injusticia”. Dice Miqueas: “Él me sacará a la luz y verá Su justicia”.

Amigos, hemos escuchado los testimonios de ambos lados esta mañana. Todos somos culpables, todos tenemos nuestras razones, y tal vez todos vayamos a quedar mudos. Pero hay una diferencia entre los callados. El pueblo del Carmelo era un pueblo culpable y un

pueblo mudo, sin el reconocimiento de su culpa. Sin embargo, también hay otro tipo de mudo y, ¿dónde están ellos esta mañana? ¿Dónde está ese pueblo que tiene que quedarse por vencido, y que tiene que decir: “Señor, yo he pecado y he tratado de mejorar mi vida, pero ya no es posible; ayúdame, Señor, y perdóname”? Yo no creo que el Señor vaya a pisotear a tal confesante, y tampoco creo que la predicación de la Palabra de Dios no tenga algún efecto en Loma Alta. ¿Hasta cuándo se quedará mudo el pueblo delante de Dios, con la confesión del pecado y con un sincero arrepentimiento al Señor?

Amén.